



## CAPITULO XXI

---

La columna del coronel señor Sandoval.—Detención é interrogatorio de un presunto espia.— En busca del enemigo.—Encuentro y glorioso combate.—Memorable victoria.—Muerte de José Martí.—Máximo Gomez, herido.—Brillante carga á la bayoneta.—¡Viva Español! —Fuga y dispersión del enemigo.—Heroismo de nuestros soldados.—El cadáver de Martí.—Inhumanación en el cementerio de Ramón Yaguas.—Exhumación, embalsamamiento y traslación á Santiago de Cuba.—Fúnebre convoy y lucha por un muerto.—Exposición, identificación y sepelio del cadaver en el cementerio de Santiago.—El militar español ante el cadaver de un enemigo.—Acta de sepelio.—Telegramas oficiales.—Regocijo en la Península.—El agitador Martí.—Destitución y regreso á España del general Salcedo.—Comentarios.—Su sustituto.—Datos biográficos de José Martí.—Dudas acerca de la muerte del titulado presidente de la República cubana.—Carta de la viuda de Martí.—Excepticismo nacional.—Juicio de votación para premiar á los oficiales, clases é individuos de tropa, que más se distinguieron en la acción de Dos Rios.—Relación de sus nombres.—Orden del día dirigida por el coronel señor Ximenez de Sandoval á su columna.—Orden general del ejército del día 23 de Mayo de 1895.

---



PASO de marcha caminaba, el día 19 de Mayo, la columna manda por el coronel señor Sandoval, compuesta de fuerzas de caballería del regimiento de Hernán Cortés, conduciendo un convoy desde Palma Soriano á Venta de Casanova (Santiago de Cuba) para la fuerza que guarnecía el fuerte construido en este poblado, cuando de improviso las avanzadas descubrieron un *guajiro* que al ser intimado para que se detuviera, se dió á la fuga.

Perseguido en su carrera por nuestros soldados, que le acosaban á tiros, el campesino se detuvo, y después de suplicar que no le hicieran ningún daño, se entregó.

Registrado convenientemente por el jefe de las avanzadas, encontróse una cantidad en metálico y algunos documentos.

Conducido á presencia del coronel señor Sandoval, éste le sugetó al siguiente interrogatorio:

—¿Cómo te llamas?

—Carlos Chacón, señó.

—¿Qué oficio tienes?

—Vaquero.

—¿A dónde ibas por aquí?

Chacón guardó silencio, negándose á contestar esta última pregunta; pero ante la insistencia del interpelante, comprendió que no tenía más remedio que hablar y confesar la verdad, y exclamó:

—Señó, yo iba á venta de Casanova á comprar víveres para Máximo Gomez.

—¿Luego, tú eres de la partida?

—¡Ay, señó! ¡Libreme Dios de ello!—contestó atolondrado, el *guajiro*.

—Entonces, debes ser un espía.

—Yo juro á usía, señó—apresuróse á objetar el interpelado—que soy vaquero, como le tengo dicho.

—Pues, ¿á dónde ibas y por qué has huido al ver á mis soldados?

—Yo le diré á usía.

—Ten presente que me has de de decir la verdad—advirtióle el coronel.

—La verdad, señó. Me encontraba abrevando el ganado en el río cuando aparecieron Máximo Gomez, Martí y Massó al frente de numerosas fuerzas. Martí me obligó á darle un cántaro de leche que yo ordeñé á una de mis vacas [y le entregué. Después me dió ese dinero y esos papeles y entregándome un caballo me ordenó fuese á comprarles víveres al poblado más inmediato.

—¿De modo, que quieren víveres?—exclamó el coronel Sandoval —Pues, vamos á llevárselos al momento; guíanos tú, Chacón, y así llegaremos antes.

\* \* \*

Chacón palideció, y púsose á temblar como un azogado.

Pero, ¿cómo negarse ni resistir á obedecer la orden del coronel?

¿Se había negado, acaso á cumplir la comisión que le encargara Martí?

No; porque temió que de haberse negado pudiera sobrevenirle algún daño, y precisamente se hallaba en aquel momento en idéntico caso y en iguales circunstancias.

El coronel Sandoval le interrumpió en sus reflexiones, dirigiéndole las siguientes preguntas:

—¿Están muy lejos de aquí?

—Unas pocas leguas, señó.

—¿Hacia qué lado quedaron?

—Cerca de Dos Ríos, á la margen opuesta del Contraamaestre.

—Pues, en marcha, y guíanos por el camino más corto.

A la orden del jefe, la columna siguió la marcha, guiada por Chacón, en dirección al sitio donde según éste se encontraban los insurrectos.

La columna iba reforzada por dos compañías de los batallones peninsulares 2.º y 9.º

Las fuerzas insurrectas estaban formadas por *ochocientos* hombres á caballo, al mando del *generalísimo* Gomez y del titulado presidente de la República cubana José Martí, y de los cabecillas Massó, Maestre, Borrero y Estrada.

A poco de haber emprendido la marcha nuestras tropas, comprendió el coronel Sandoval que la jornada era larga y la columna necesitaba algún descanso, por lo que ordenó un breve alto, que los soldados quisieron aprovechar para hacer el rancho.

\* \* \*

Dispuesto todo lo necesario para condimentar la comida, hubo que ir por agua al río, y quince soldados al mando de un sargento se encaminaron en busca del necesario elemento.

No bien llegaron á la orilla del Contramaestre y empezaron á llenar las ollas, se oyeron tres ó cuatro disparos en las avanzadas, que fueron seguidos de una nutrida y formidable descarga, acompañada de ese vocerío peculiar del enemigo al comenzar sus ataques.

Era que habíase trabado combate entre los soldados que habían ido por agua al río y una avanzada del enemigo.

Con maravillosa rapidez organizáronse nuestras fuerzas, y á los pocos segundos cargaban con irresistible furia contra el enemigo, trabándose terrible lucha cuerpo á cuerpo, en la que el machete y la bayoneta chocaban con rabiosa ira, arrancando vidas y sembrando de muertos el campo.

Hora y media duró la refriega, en la que el enemigo, lo más escogido y brillante de las huestes separatistas, contó con anonadar la columna española, prevalecido de su superioridad numérica.

Once veces acometieron los rebeldes al machete, y otras tantas fueron rechazadas por nuestros bravos soldados.

En medio de la refriega y entre los filibusteros, destacábanse un hombre joven, moreno y extremadamente nervioso, y otro viejo ya, alto, con bigote cano y vestido de negro.

Eran los dos jefes de la insurrección cubana: José Martí y Máximo Gómez. El primero, ginete en un magnífico caballo y armada su diestra con un excelente revolver Smith, con puño de nácar, corría de un



GRUPO DE SOLDADOS PREPARANDO EL RANCHO

lado á otro arengando á los suyos y animándoles á los gritos de ¡Viva Cuba libre!... ¡A ellos!

A su lado se veía dictando también disposiciones y dando órdenes, al *generalísimo* de los filibusteros.

\*  
\* \*  
\*

Llevado del ardor del combate ó arrastrado quizá por su fogosa cabalgadura, llegó un momento en que el titulado presidente de la Repú-

blica cubana, se puso á tiro del rifle con que el práctico de la columna don Antonio Oliva se defendía como un valiente de los ataques del enemigo.

Al distinguirle, apuntóle cuidadosamente al pecho y disparó con tan certera precisión, que el proyectil fué á herirle en mitad del pecho.

El famoso agitador separatista, abrió los brazos, soltó el rewólver y cayó del caballo al suelo, inerte y sin vida.

Los rebeldes se arremolinaron en derredor del cadáver de Martí para protegerle con sus cuerpos.

Nuestras tropas intentaron apoderarse de él, atacando con temerario arrojo al numeroso grupo que lo defendía, pero el enemigo había formado un murallón de carne humana y un círculo de hierro que lo protegía.

Máximo Gómez era uno de los que con mayor ahinco lo defendía del tenaz empeño de nuestros soldados en apoderarse de él.

La lucha se había entablado cuerpo á cuerpo y todo el interés de los combatientes se había concentrado y había quedado reducido á un mismo deseo: el de retirar el cadáver de su jefe civil, por parte de los separatistas, y el de apoderarse de él, por parte de nuestras tropas.

Un momento hubo en que los nuestros llegaron junto al mismo cadáver.

Uno de nuestros valientes soldados iba ya á hacer presa en él, cuando un machetazo del *generalísimo*, que no se separaba del cadáver ni lo había abandonado un sólo momento, le cercenó la mano.

En aquel momento sonó un disparo y vióse al *generalísimo* Gómez caer del caballo que montaba, herido en el cuello.

La confusión fué entónces espantosa en las filas enemigas.

Todos los insurrectos se reconcentraron hacia el punto donde había caído herido su jefe, para defender su cuerpo y librarle de caer en poder de nuestras tropas.



El bizarro coronel Sandoval, aprovechando aquellos momentos de confusión en las filas enemigas, se puso á la cabeza de un grupo de soldados y machete en mano ordenó un ataque á la bayoneta al grito de ¡Viva España!

El muro de carne humana que se había formado al rededor del cuerpo de Máximo Gómez resistió con tenacidad, digna de mejor causa, el brioso empuje de nuestras bayonetas que se hundían en los pechos de los filibusteros, sin lograr abrir brecha en sus apretadas filas, pues al caer uno era al momento sustituido y cubierto el hueco que dejara por otro y otros.

Al fin, lograron los rebeldes colocar á su general sobre un caballo y llevárselo precipitadamente.

Mas, no pudieron hacer lo mismo con el cadáver de su jefe civil, del que se apoderaron al cabo nuestros soldados, después de sostener una sangrienta y épica lucha.

La sangre borbotaba á raudales de los heridos pechos, y el machete cercenaba cabezas y brazos: la furia era inmensa.

Ciegos de furor parecían estar nuestros soldados, y ébrio de coraje y rabia el enemigo.

El aspecto que ofrecía aquel ensangrentado campo de batalla era horripilante, conmovedor.

Aquel supremo instante, aquel momento terrible no podrá borrarse jamás de la memoria de ninguno de los combatientes.

—¡Viva España!—gritaba continuamente el coronel Sandoval, al frente de sus valientes soldados.

—¡¡—Viva...!!—contestaban éstos, ébrios de entusiasmo y locos de

furor acometiendo denodadamente al enemigo, como si recordando en aquel momento el reciente infortunio del Jovito, quisieran vengar en aquel sólo instante la muerte del malogrado coronel Sr. Bosch.



El enemigo debilitaba por momentos su resistencia; nuestros bravos soldados, animados por su valiente jefe, arremetíanle con mayor furia y redoblaban sus ataques.

Al fin, un último esfuerzo de nuestras tropas y la fuga del *generalísimo*, inició en sus filas la retirada, y no pudiendo resistir por más tiempo el empuje de nuestras bayonetas, emprendió precipitada huida y declaróse en completa dispersión.

Dueños del campo nuestras tropas, replegarónse y se dedicaron a la triste tarea de recoger y curar á los heridos y dar sepultura á los muertos, poniendo en sitio seguro el cadáver de Martí, como valioso trofeo de la victoria obtenida.

Termida tan penosa faena, distribuyóse un ligero rancho.

Llevaban ya ¡doce horas de ayuno! y el hambre y la fatiga los tenía rendidos.

Veintiseis fueron los cadáveres recogidos y enterrados en el lugar de la refriega.

Chacón, el *guajiro* que sirvió de guía á nuestras tropas, y el práctico señor Oliva, identificaron el cadáver de Martí, en cuyos bolsillos se encontraron varias cartas y documentos y un reloj de oro con sus iniciales, manifestando además el primero, que el otro herido á quien el enemigo había retirado precipitadamente del campo de batalla, y á quien con fiereza tanta había defendido de los ataques de nuestros soldados, era el *generalísimo* Máximo Gómez.

A las cinco de la tarde emprendía la columna el regreso hacia el punto de su destino.

\* \* \*

Como prueba del ardimiento y ciego furor con que peléaron nuestros bravos soldados, consignaremos dos hechos que bastan por sí solos

para que nuestros lectores puedan formar una pálida idea de lo que en aquella memorable jornada ocurrió.

Cuando más empeñada era la lucha y con mayor ardimiento se *battia el cobre*, el corneta del quinto batallón peninsular Miguel Urbaneja y Torres, recibió dos heridas graves en el brazo izquierdo.

Los compañeros, al verle herido, pretendieron retirarlo del campo de acción, pero el va-

liente Urbaneja se opuso á ello, y retistiéndose con títanicos esfuerzos al deseo de sus camaradas, exclamó:

— ¡No me voy...! ¡Es inútil cuánto hagais y me digais, pues todavía



SARGENTO DON ANACLETO GIRBAU

me queda un brazo libre y bueno para llevar la corneta á mis labios ó empuñar el machete para atacar á esos morenos!

• • • • •  
 Otro soldado del 9.º peninsular, en uno de los ataques á la bayoneta contra el grupo de insurrectos que defendía el cadáver de Martí, cayó herido por un balazo que le atravesó el muslo derecho.

Al ir á retirarlo sus compañeros, les dijo:

— ¡Dejadme, que aún puedo hacer fuego sentado...! Ahora serán más certeros mis disparos, porque así podré apuntar á mi sabor.

¡Quién sabe si uno de sus disparos fué el que hirió en el cuello al *generalísimo* de los separatistas.

\*  
\*  
\*

Los filibusteros, al retirarse y emprender precipitada y vengonzosa fuga, se dividieron en tres grupos, llevando en uno de ellos á su jefe y general Máximo Gómez, herido.

El cadáver de Martí, después de identificado, fué conducido á Ramón Yaguas, en cuyo cementerio fué enterrado provisionalmente.

El coronel Sandoval se incautó de las armas del titulado presidente de la República cubana, y se hizo cargo de la correspondencia oficial y particular que se le encontró.

También se recogió el caballo de Estrada, en cuyo maletín encontróse la correspondencia de este cabecilla, lo cual hizo suponer que había sido también herido.

El cadáver de Martí presentaba cinco heridas de bala, una en el pecho, otra en la región anterior del cuello y las restantes en las extremidades inferiores.

Del reconocimiento facultativo practicado, resultó que las dos primeras eran mortales por necesidad.

El traje que vestía el jefe civil de los separatistas era de rayadillo azul, sombrero de castor con escarapela y polainas de chagrín.

En el maletín que Martí llevaba á la grupa de su caballo, encontráronse documentos muy importantes, relativos á los planes futuros de los filibusteros, así como cartas de determinadas personalidades comprometidos en el movimiento separatista.

Los documentos que se encontraban en el bolsillo del *guajiro* Chacón, eran manifiestos-proclamas camagüeyanos, haciéndoles ver que la guerra no era de raza.

\* \* \*

Al llegar á la Habana la noticia del victorioso combate de Dos Rios y de la muerte del jefe civil de los separatistas José Martí, noticia que con la celeridad del rayo se extendió inmediatamente por los cuatro ámbitos de la capital, el general Salcedo pidió á persona de su confianza las señas del famoso agitador filibustero, para mayor seguridad en la identificación de su cadáver.

Facilitadas que le fueron y puesto de acuerdo con el doctor don Aureliano Valencia, que hasta hacía muy poco tiempo había residido de Jiguaní, dispuso que este saliera cuanto antes para Ramón Yaguas, con objeto de identificar el cadáver y proceder á su embalsamamiento, á fin de poder ser trasladado y enterrado en Santiago de Cuba.

El médico señor Valencia, cumpliendo la orden del general Salcedo, solió de la Habana á las once de la noche del día 21, acompañado de un práctico, que conducía las substancias é instrumentos necesarios para el embalsamamiento del cadáver de Martí.

En la mañana del siguiente día 22, cerca del poblado de Palma Soriano, encontróse el doctor con la columna del coronel señor Sandoval, y manifestándole la orden que llevaba, siguieron la marcha hacia Ramón Yaguas, donde procedióse á la exhumación del cadáver de Martí y á su inmediato embalsamamiento.

Terminada la operación, salió de nuevo la columna en dirección á la capital de la provincia, conduciendo el cadáver para darle definitiva y cristiana sepultura en aquel cementerio.

A poco de emprender la marcha el fúnebre convoy, presentóse ante la columna una partida de rebeldes, mandada por el cabecilla Rabí, y comenzó á hostilizarla, siguiéndole en su marcha hasta las inmediaciones de San Luís, sin cesar de disparar contra los soldados.

Las tropas, que habian contestado, aunque sin trabar combate, á los disparos del enemigo, recibieron orden de atacarle y entónces se entabló una reñida acción en que nuestros valientes soldados mostraron una vez más su reconocido valor y arrojo.

En la refriega lograron hacer prisioneros á nueve separatistas y causaron nueve muertos y numerosos heridos á la partida.

De la columna resultó herido en el cuello el teniente don José de La Torre y Morales, natural de Cuba, y bravo oficial que se distinguió mucho por su valor y arrojo en la campaña de Melilla.

Nuestras tropas se apoderaron de un lujoso ataúd que llevaba la partida de Rabí.

Los rebeldes habían intentado desenterrar el cadáver de Martí y trasladarle de Ramón Yaguas á otro sitio.

\* \* \*

El día 26 llegaron á Santiago de Cuba los restos mortales del titulado presidente de la República cubana é infatigable propagandista filibustero José Martí.

El cadáver fué depositado y expuesto inmediatamente en el cementerio de Santiago, para que lo vieran y examinasen cuantas personas lo tuviesen por conveniente.

Numeroso público acudió á ver el cadáver, que aunque embalsamado, según hemos dicho, encontrábase bastante descompuesto.

Sobre un sencillo túmulo fué colocado el féretro de pino, pintado de negro, al que custodió un piquete de cien soldados.

A las ocho de la mañana del siguiente día 27, se dió cristiana sepultura al cadáver del que había sido jefe civil de los separatistas cubanos.

Levantóse acta del enterramiento, y antes de dar tierra á los restos de Martí, levantó la tapa del ataúd que los encerraba el coronel señor Sandoval, y dirigiéndose al numeroso público que presenciaba el acto, preguntó:

«—¿Hay entre ustedes algún pariente ó amigo del que fué en vida don José Martí? Hago esta pregunta por si alguien quiere hacerse cargo del cadáver para tributarle el último homenaje.»

El coronel hizo una breve pausa, y en vista de que nadie respondía á su pregunta, prosiguió diciendo:

«—Señores, ante la muerte ¡no hay enemigos y entre hombres de hidalga condición y cristianos sentimientos, como nosotros, deben cesar y desaparecer toda clase de odio y rencores. Nadie que se sienta inspirado de nobles sentimientos debe ver en estos yertos despojos un enemigo, sino el cadáver de un hermano. Los militares españoles luchan en el campo de batalla hasta morir, pero después del combate guardan consideración al vencido, y respetan y tributan honores al muerto.»

Seguidamente anunció á los circunstantes que se costearía por los

españoles una lápida para el nicho que debía guardar los restos de Martí

Esta conducta levantada y noble del hidalgo coronel Sandoval, mereció unánimes elogios y plácemes.

\* \* \*

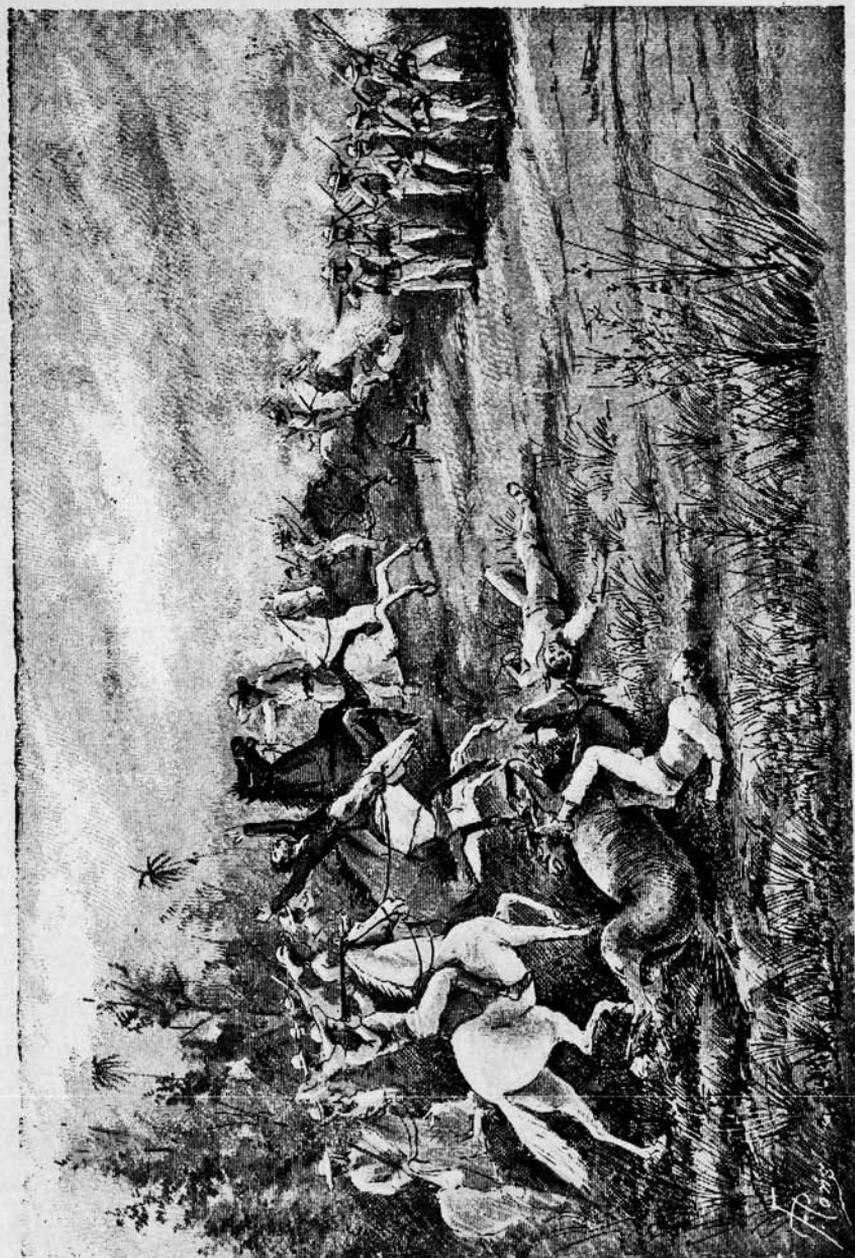
Hé aquí el acta de sepelio de José Martí.

ACTA.—En el cementerio general de la ciudad de Santiago de Cuba,



y se dedicaron á la triste tarea de recoger y curar á los heridos y dar sepultura á los muertos, (pág. 330)

á los veintisiete días del mes de Mayo de mil ochocientos noventa y cinco: constituídos en el mismo, á las ocho de la mañana, el señor



abrió los brazos soltó el revólver y cayó del caballo al suelo, inerte y sin vida (pág. 328)

coronel don José Ximenez de San Joval, jefe de la columna que libró la acción de Dos Ríos el día diez y nueve del corriente mes; comandante de infantería del primer batallón del regimiento de Cuba número 65, don Manuel Tejerizo Cabrera; el comandante capitán de caballería y ayudante del Excmo. Sr. general don Jorge Garrich, don Enrique Ubieta Mauri; el capitán de infantería don Enrique Satué y Carbonell, ayudante á las órdenes del citado señor coronel Ximenez de Sandoval, y el doctor en medicina y cirugía don Pablo A. de Valencia y Fons, se procedió, cumpliendo la orden del Excm. Sr. general gobernador militar de esta plaza, á la identificación y enterramiento del cadáver del titulado presidente de la cámara insurrecta, don José Martí.

En su virtud, y verificada la indentificación, dispuso el señor coronel antes citado, se procediera á darle cristiana sepultura, como así se verificó á presencia de los antedichos señores y numeroso grupo de vecinos de esta ciudad, en el nicho número 134 de la galería Sur.

Y cumpliendo lo ordenado por S. E. firmamos esta acta para los efectos que procedan y su constancia en lo porvenir.—Manuel Tejerizo.—Enrique Ubieta Mauri.—Enrique Satué.—Pablo A. de Valencia.—J. Ximenez de Sandoval.»

\*  
\*  
\*

Hasta el día 22 no tuvo el Gobierno noticia oficial de la victoria alcanzada por nuestras tropas en la acción de Dos Ríos y de la muerte del jefe civil de los separatistas cubanos.

En dicho día se recibió en los Ministerios de la Guerra y Ultramar confirmación oficial del brillante hecho de armas, por el siguiente importante telegrama comunicado por el general segundo cabo y gobernador de la Habana.

«Habana 21.—(Recibido el 22).—El general Salcedo me comunica que la columna del coronel Sandoval encontró entre Bija y Dos Ríos, á la orilla derecha del río Contramaestre, á las partidas reunidas de Máximo Gomez, Martí, Massó, Borrero, Maestre y Estrada en número de *setecientos* insurrectos. con los cuales libró reñido combate, rompiendo contra ellos nutrido fuego que se sostuvo sin interrupción durante más de hora y media, teniendo el enemigo que abandonar el campo á la desbandada, sin tiempo siquiera para recoger sus muertos.

Entre éstos se ha reconocido al titulado presidente de la República cubana José Martí, cuyo cadáver fué recogido á pesar del empeño del enemigo en retirarlo.

Los insurrectos han tenido además otros catorce muertos y muchos heridos, que iban retirando durante la acción.

También se ha recogido la correspondencia de Martí que es muy curiosa y dá muchos datos importantes de los planes que tenían los separatistas.

Dejaron sobre el campo de batalla muchas armas, once caballos útiles con monturas, y bastantes efectos que tampoco pudieron salvar en la huida.

Por nuestra parte tuvimos cinco muertos y siete heridos.

Varios prisioneros que hicieron nuestras fuerzas, aseguran que Máximo Gomez y el cabecilla Estrada deben estar muertos ó mal heridos.

De esta noticia me falta comprobación.—*Arderius.*»

\*  
\* \*

En ampliación de este telegrama y comunicando nuevos detalles acerca de la muerte de Martí, recibió el Gobierno, el día 26, otro des-



pacho oficial del general Arderius concebido en los siguientes términos.

«*Habana* 26.—Previo formal identificación, ha sido enterrado en el cementerio de Ramón Yaguas, el cadaver de José Martí.

Este dirigió personalmente los suyos en la acción de Dos Rios.

Practicado reconocimiento facultativo del cadaver, resulta que el infatigable agitador separatista murió de dos balazos, uno en el pecho y otro en el cuello.

Dícese, aunque no oficialmente, que el coronel Sandoval ha presentado al general en jefe, el reloj de Martí, varias cartas y documentos.

Se dice también que Máximo Gómez cayó herido del caballo en la última carga á la bayoneta de nuestros soldados, los cuales trataron de apoderarse de él, no pudiendo conseguirlo porque el cabecilla Borrero, cruzando bajo los fuegos de los nuestros, lo recogió y llevó fuera del campo de batalla.

El general Suarez Valdés, ha tenido confidencias de que Gómez no está herido, pero creencia general afirmalo.



La noticia del glorioso triunfo obtenido por nuestras tropas sobre el grueso de los rebeldes cubanos produjo gran regocijo en la Península, y el triunfo fué más importante aun por la muerte del famoso agitador separatista, que por la derrota que sufrieron los insurrectos, sin embargo de ser tan grande para la importancia de esta guerra.

El Gobierno y la nación, así como al tener conocimiento de la acción del Jovito, en vez de entregarse á consideraciones pesimistas, señaló el comportamiento del coronel señor Bosch como digno y nobilísimo ejemplo que imitar á cuantos por la patria peleaban y dispues-

tos se hallasen á pelear, con la victoria de Dos Ríos hizo que renaciese la esperanza y se reiterase la confianza en la eficacia de los medios empleados para la extirpación de la cizaña filibustera.

El agitador Martí era el alma de la insurrección, y en la proclama que había dirigido á los cubanos al desembarcar en la isla, justificando



DETENCIÓN É INTERROGATORIO DEL ESPÍA CHACÓN

la guerra por su consejo emprendida, se revelaba sus condiciones de organizador y de político.

Él, Máximo Gómez y Antonio Maceo, constituían la trinidad directiva de la sublevación.

Gómez y Maceo eran los brazos, Martí la cabeza.

Muchos comentarios se hicieron respecto á la muerte del jefe civil de los separatistas cubanos; pero ninguno de ellos ha llegado, hasta hoy, á comprobarse.

Hubo quien dijo que contrarió mucho al general Martínez Campos y retrasó la conclusión de una paz como la del Zanjón, pues se afirmó que Martí iba á verse y entenderse con el general en jefe del ejército de operaciones en Cuba, cuando le sorprendió la muerte á orillas del Contraamaestre.

Aquel rumor y esta afirmación tomaron cuerpo y consistencia al tenerse noticia en la Península, el día 26, de la imprevista é inesperada vuelta del general Salcedo.

El telegrama del general Arderius al Gobierno, diciendo que, según le comunicaba el general en jefe, había cesado el general Salcedo en el mando de la división que tenía á sus órdenes y que en el primer correo se embarcaría para la Península, llamó grandemente la atención y fué muy comentado por la prensa y la opinión.

Nadie se explicaba ni supo á qué causas atribuir el hecho de que el general Salcedo dejara tan de improviso el mando de las tropas que estaban en acción.

Mucho se habló acerca de la destitución de este general, refiriéndose hechos y detalles ocurridos en una entrevista que celebró con el general en jefe, de la que surgió su inmediato relevo y subsiguiente regreso á la Península; pero por entrañar alguna gravedad lo que se dijo y no haber podido comprobar la verdad de lo ocurrido, omitimos consignarlo aquí, por no pecar de ligeros, ni de indiscretos.

Sin embargo, no renunciamos á desentrañar la verdad de lo que, sin duda, ocurrió y dió motivo á la destitución y reembarco del general Salcedo, para dar de ello cuenta, en su día, á nuestros lectores.

El general Martínez Campos pidió que se nombrada sucesor al ge-

neral dimitido señor Salcedo, y por acuerdo del Gobierno, á propuesta del Ministro de la Guerra, quedó nombrado el general don Pedro Mella, que desempeñaba á la sazón el cargo de fiscal del Consejo Supremo de Guerra y Marina.

\* \* \*

El célebre agitador y famoso propagandista filibustero, alma de la actual insurrección cubana, don José Martí, era joven, inteligente, instruido, de actividad incansable, y genio emprendedor.

El fué quien desde Nueva York puso en juego su influencia y su prestigio, organizando la insurrección que había de estallar el domingo de carnaval de 1895, en las seis provincias de la mayor de nuestras Antillas.

No era hombre de lucha, pero sí de gran acción, propagandista y tenaz mantenedor de las ideas separatistas.

Tenía cuarenta y dos años, y era Licenciado en Derecho.

Cursó los dos últimos años de su carrera en la Universidad de Zaragoza, precisamente en los tiempos en que también ponía fin á sus estudios el actual ministro de Ultramar don Tomás Castellano.

Del *Album del porvenir*, obra publicada en 1890, en Nueva York, por E. Trugillo, tomamos los siguientes datos biográficos de José Martí, escritos indudablemente, no sólo con su beneplácito, sino con arreglo y sujeción á los datos que él mismo facilitaría á alguno de sus compañeros de emigración y conjura.

«Nació en la Habana el día 28 de Enero de 1853 ...

Desde muy niño, empezaron contra ese *cubano irrevocable*, las persecuciones del Gobierno español.

En 1869, después de aquellos días de expansión y libertad de imprenta que concedió el general Dulce á los cubanos, fué preso José Martí...

Después de haber probado, en esa su corta edad, las amarguras del presidio, fué desterrado á España.

En Junio de 1873 obtuvo el grado de licenciado en Derecho en la Universidad de Zaragoza, y en Septiembre del mismo año, el de Filosofía y letras.

A los diez y nueve años de edad, publicó en Madrid un folleto político titulado *El presidio político en Cuba...*

A raíz de la proclamación de la República española, puso en manos del eminente don Estanislao Figueras, otro folleto abogando por la independencia de Cuba.

En una sesión solemne celebrada en la Academia de jurisprudencia, pretendieron los federales hacer declarar á los cubanos residentes en Madrid, que se contentaban con la república federal española, y Martí se opuso, reclamando para su patria la independencia.

A su oposición debióse que fracasara el proyecto de fundar en Madrid, por aquel entonces, un casino cubano.



ESPÍA CARLOS CHACON

En 1873 se trasladó á la república de México... En 1877 pasó á la capital de la República de Guatemala...

Poco después de firmada la paz del Zanjón, volvió á la Habana. El general Blanco, considerándolo complicado en el movimiento de 1879, lo deportó á España.

A principios de 1880, llegó Martí á Nueva York, por la vía de Francia, *prófugo del confinamiento indefinido á que se le había conde-*  
*nado por el Gobierno español.*

Pasó Martí desde Nueva York á Caracas, en donde permaneció muy poco tiempo, regresando á los pocos meses á la capital de la gran Republica norteamericana.

Desde entonces vino representando las aspiraciones de los cubanos independientes, y consagrando toda su inteligencia y actividad á la causa separatista...»

\* \* \*

Se consideró de tal importancia y trascendencia para la marcha de la insurrección, la muerte de su jefe civil, que en los primeros momentos no se dió crédito en España á la noticia de su muerte, á pesar de asegurarla los telegramas oficiales: tal era el escepticismo que se había apoderado del espíritu nacional, y la poca confianza en las noticias contradictorias que á diario nos comunicaba el Gobierno, respecto á la guerra y curso de la campaña.

Preciso fué que la prensa extranjera diera cuenta en sus columnas del suceso y se ocupara de ella con motivo de negarse una sociedad de seguros, en la que hacía tiempo se había asegurado la vida el conocido separatista, á indemnizar á su viuda.

Esta, hubo de pedir una audiencia al general Arderius para cerciorarse de la verdad, y suplicarle, en caso de ser cierta su viudez, le entregara el cadáver de su esposo don José Martí; pero el general se negó á recibirla.

Con motivo de haberse ocupado en sus columnas el periódico *La Lucha*, de la Habana, de la audiencia pedida por dicha viuda al general gobernador, dirigió esta señora al director de aquel diario, la siguiente carta:

Sr. Director de *La Lucha*:

Muy señor mío: Ya que aparece publicada en su periódico la solitud de una conferencia que pretendí con el señor general Arderius, acto que suponía esencialmente privado, ruego á usted publique también que lo que me proponía obtener de aquella autoridad, era que nos facilitara á mi hijo y á mí, el modo de conseguir el cadáver de mi marido, para hacerlo enterrar en el panteón de mi familia.

Queda á sus órdenes, s. s. q. b. s. m.—*Carmen L. de Martí*.

Sólo á la publicación de esta carta y á la del *acta* de sepelio que dejamos transcrita, adquirió visos de certeza la noticia de la muerte del titulado presidente de la república cubana y jefe civil de los separatistas, puesta en duda por el escepticismo nacional.

Posteriormente se supo que Máximo Gómez había declarado á un corresponsal del *Heraldo*, de Nueva York, que era completamente cierta la muerte de Martí, ocurrida en una sorpresa de que fué víctima cuando se dirigía á la costa para embarcarse, por ser necesaria su presencia en el extranjero.

Declaró también el *generalísimo* que con Martí murieron casi todos los que le escoltaban, y que él mismo fué herido y estuvo á punto de caer en poder de las tropas españolas.

«A poco de haberse separado de mí Martí—dijo Gómez—oí un nutrido fuego hacia la parte á donde aquél se había dirigido.

Como sólo llevaba una pequeña escolta, esperando encontrar á Banderas ó á Rodriguez, á la primera sospecha de que hubiese podido tener un encuentro con las tropas peninsulares, Borrero se apresuró á ir á reunirse con él.

Levanté campo apresuradamente y seguí con mi gente á Borrero; pero llegé demasiado tarde.

Martí había sido ya muerto y barrida toda la vanguardia de nuestra columna.

El desgraciado Martí cayó en una estrecha quebrada, entre hombres y caballos muertos.

El lugar de la emboscada había sido tan bien escogido, que fué para nosotros un ataque concentrado.

Estábamos materialmente envueltos.

Yo recibí heridas ligeras al decaer con mi cuerpo el cadáver de mi desventurado compañero, y por último, un balazo me dejó aturdido, y haciéndome perder el equilibrio, caí al suelo.

Borrero me salvó.

Al fin, logramos atravesar las líneas enemigas, y nos retiramos, dejando en el campo el cadáver de Martí.

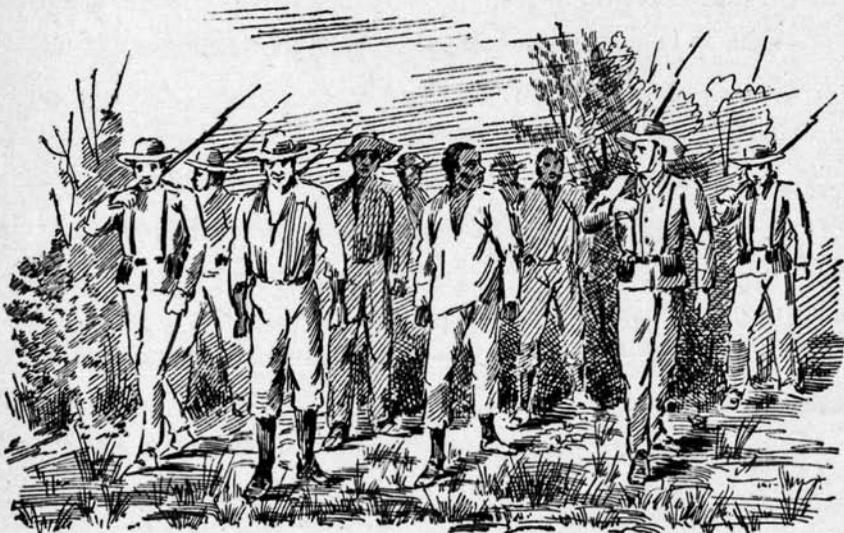
Repasamos el río, descansamos y dimos sepultura á uno de mis ayudantes de campo, lo cual dió motivo de que se hiciera circular el rumor de mi propia muerte.

Nos procuramos medicinas para curar á los heridos, y proseguimos nuestra marcha.

Yo permanecí por aquellos alrededores algunos días, para conferenciar con los jefes que merodeaban por Holguín y las Tunas, hasta que conseguí conferenciar con Antonio Maceo, para mi marcha definitiva al Camagüey.»

\*  
\*  
\*

El coronel señor Ximénez de Sandoval, al siguiente día de la memorable acción de Dos Rios, dispuso que se abriera juicio de votación para los siguientes jefes, oficiales, clases é individuos de su columna, que más se distinguieron en el combate.



CONDUCCION DE PRESOS

Capitán del segundo batallón peninsular, don Fernando Iglesias Expósito.

Segundo teniente, don Vicente Sanchez de León.

Sargento, don Francisco García Carrasco.

Figuraban, además, en el parte de la acción, como distinguidos:

Teniente coronel del segundo batallón peninsular, don Manuel Michelena Moreno.

Capitán del mismo batallón, don Antonio Serra Ortiz.

Segundo teniente, don José Cañizares y Gómez de Humaran.

Primer teniente del noveno peninsular, don Manuel Montoro.

Capitán de Estado Mayor, don Alfredo de Escario.

Capitán de infantería, á las órdenes del coronel señor Sandoval, don Enrique Satué Carbonell.

Primer teniente íd. íd., don Armando Montilla de los Ríos.

Capitán de caballería, don Oswaldo Capaz.

Médico mayor, don Juan Gómez y Valdés.

Cabo, Eustaquio Durante Sanchez.

Propietarios y prácticos de la columna, que se ofrecieron voluntarios á acompañarla:

Don Rogelio Cigarreta y don Manuel Passos, vecinos de Palma Soriano.

Práctico del batallón, don Antonio Oliva.

\* \* \*

Así mismo dictó el coronel señor Ximenez de Sandoval, el día 22, la siguiente orden de la columna, encomiando la heroica conducta de sus soldados en la memorable acción de Dos Ríos, y ofreciéndoles la recompensa á que por ella se habían hecho acreedores, en justo premio á su valor y disciplina.

*«Orden de la columna del día 22 de Mayo, en Santiago de Cuba.*

Soldados: He tenido ocasión de observar vuestro heroico comportamiento en la acción de Dos Ríos, y, no sé qué admirar más, si vuestro valor y serenidad en el combate, ó la gallarda prueba de disciplina

y confianza que en vuestros jefes y oficiales y clases habeis demostrado tener.

La primera vez que en acción reñida os habeis hallado, ha sido ese día, y la victoria más completa fué el justo premio á vuestras virtudes militares.

Sobre el campo de la acción, cuando entusiasmados vitoreasteis á S. S. M. M. y general en jefe, tuve ocasión de elogiar vuestro comportamiento, que por telégrafo expuse á vuestros generales de división y brigada, solicitando la recompensa á que os considero acreedores.

Ambos generales os felicitan con expresivas frases y S. M. la Reina Regente (q. D. g.), y su gobierno responsable, por conducto del general en jefe, que no ha escatimado sus elogios, también han tenido para vosotros, que os hallais lejos de la patria y á gran distancia de vuestras familias, palabras halagüeñas que, al inundar vuestros nobles corazones de alegría, os harán sentir el agradecimiento.

Pronto, muy pronto obtendreis la recompensa; perseverad en vuestra conducta, no desmayeis jamás, y vuestros sucesivos hechos demuestren sois dignos del aprecio y estimación de vuestro coronel.—  
*Ximenez de Sandoval.*»

\* \* \*

Tan pronto como el bizarro coronel señor Sandoval recibió en San Luis el cablegrama de felicitación de S. M. la Reina Regente y de su Gobierno responsable, por le victoria alcanzada sobre las huestes filibusteras en la memorable acción de Dos Ríos, trasmitió al general de división don Juan Salcedo y Montilla de los Ríos el siguiente despacho:

«A la protección de Dios y al valor y disciplina de las fuerzas á mis órdenes, debióse éxito lisongero. Suplico á V. E. sírvase manifes-

tar á S. S. M. M., general en jefe y Gobierno, que fueron vitoreados sobre posiciones conquistadas, así como mi inmenso agradecimiento y el de jefes, oficiales, clases y tropa, por felicitación que nos llena de júbilo y entusiasmo, quedando reconocidísimo á tan honrosa distinción. El rewólver de Martí lo conservo en mi poder para ofrecerlo como pequeña prueba de respetuoso cariño al general en jefe, y en recuerdo de esta operación debida á su gran prestigio, que alienta y lleva al soldado seguro á la victoria.—*Ximenez de Sandoval*.

Hé aquí la carta dirigida por el propio coronel señor Sandoval, al Ministro de la Guerra, remitiéndole el reloj de Martí.

«Excmo. Sr. D. Marcelo de Azcárraga.

Santiago de Cuba, 24 de Mayo de 1895.

Mi respetable general: debido á la protección de Dios, tuvo la columna á mis órdenes la suerte de dar muerte, en la acción de Dos Ríos, al agitador filibustero y propagandista incansable don José Martí (q. e. p. d.)

He dedicado á nuestro querido general en jefe el rewólver que se le ocupó, y me permito la libertad de remitir á V. E. el reloj con sus iniciales entrelazadas, que se le encontró en el bolsillo del chaleco.

Suplico á V. E. se sirva aceptar el recuerdo y el respetuoso saludo y distinguida consideración de S. S. S. y subordinado

Q. B. S. M.

*José Ximenez de Sandoval*»

\* \* \*

La trascendencia del glorioso combate librado en Dos Ríos y la importancia del triunfo obtenido por nuestras tropas, no sólo por la de-

rrota que en él sufrieron las huestes separatistas, sino por la muerte del famoso agitador filibustero, jefe civil de la insurrección separatista, fué bien pronto reconocida por el general en jefe del ejército de operaciones en Cuba, el cual para perpetuar el recuerdo de tan brillante he-

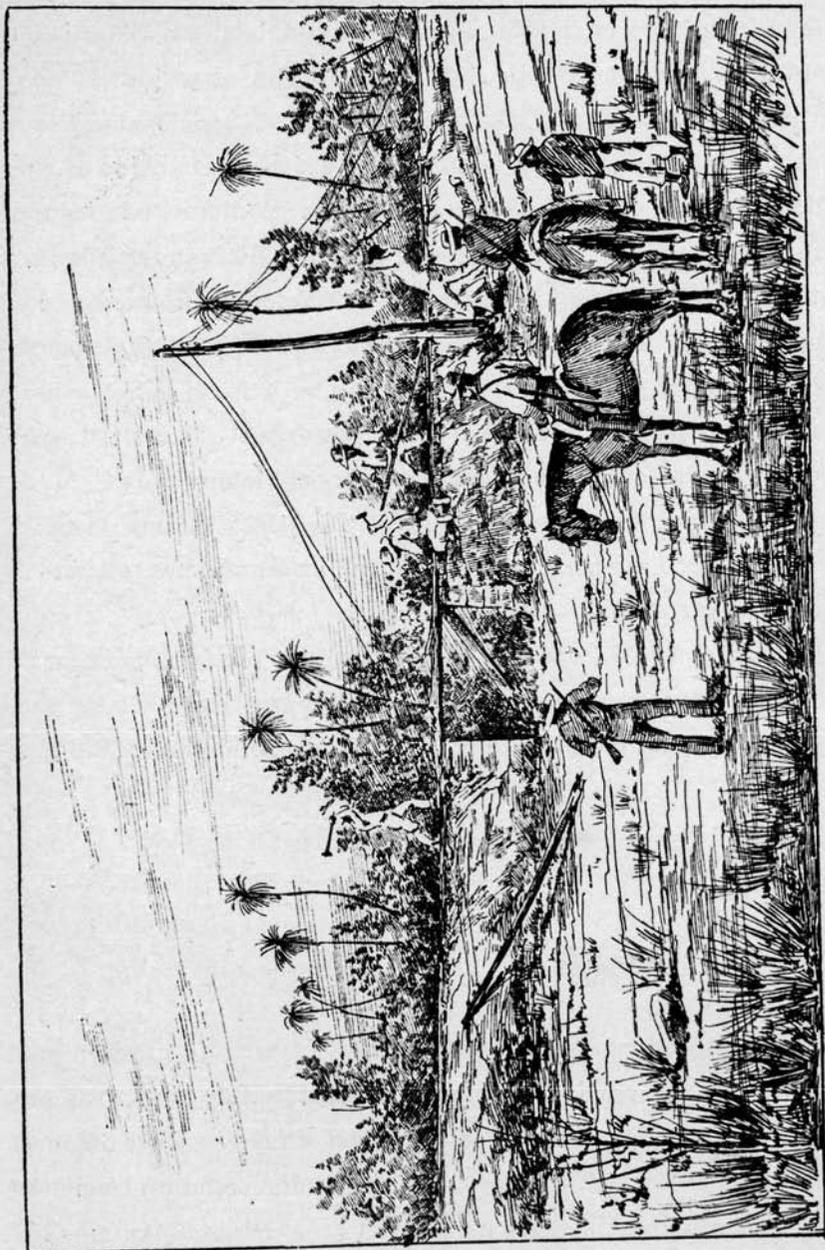


EXPOSICIÓN DEL CADÁVER DE JOSÉ MARTÍ

cho de armas, dictó el día 23, la siguiente orden general al ejército de su mando en la isla.

*«Orden general del ejército del día 23 de Mayo de 1895.*

»Al llegar á esta ciudad, he tenido la satisfacción de conocer el glorioso hecho de armas ocurrido en Dos Ríos el día 19 del actual, en que la columna del señor coronel don José Ximenez de Sandoval compuesta del 2.º y 9.º peninsular y Hernán Cortés, ha batido al enemigo muy superior en número, rechazando victoriosamente los ataques de su caballería y poniéndole en completa dispersión merced á oportunos



DESTRUCCIÓN DE LA LÍNEA FÉRREA DE SANTA CATALINA A JAMAICA

y decididos ataques á la bayoneta. En poder de nuestras tropas quedaron quince cadáveres enemigos, entre ellos el del cabecilla Martí, uno de los principales agitadores de esta desgraciada insurrección.

El jefe de la columna al dar parte del hecho menciona varios de los jefes y oficiales que con su valor y acierto han contribuído al buen éxito de la acción, poniendo en primer lugar al capitán de la segunda compañía del segundo batallón peninsular don Fernando Iglesias y Expósito y segundo teniente de la misma don Vicente Sanchez de León, para quienes se ha abierto juicio de votación por considerarles acreedores al ascenso.

Tanto estos dos bravos oficiales como los demás que el parte menciona serán debidamente recompensados, pues el Gobierno de S. M. desea premiar á todos los que se distinguen, y yo ansío ocasiones de elevar propuestas de recompensas en que figuren cuántos jefes, oficiales y soldados lo merezcan.

S. M. la Reina Regente y el Gobierno, que prosiguen con constante atención los acontecimientos de esta campaña, han dado las gracias por cablegrama al ejército y al coronel Sandoval.— *Martinez Campos.*»

\* \* \*

La noticia del glorioso combate de Dos Rios produjo grata impresión en la Península, por la importancia excepcional de la victoria obtenida por el bizarro coronel señor Sandoval y fuerzas á sus órdenes.

La muerte de Martí se consideró por la opinión como un tremendo golpe para la insurrección, y las heridas del *generalísimo* Máximo Gómez y cabecilla Estrada, sobre todo la de aquél, conceptuóse como un

hecho muy favorable para la pronta terminación de la guerra, á causa del desaliento que había de ocasionar á los insurrectos la falta de sus primeros y principales directores.

En la Bolsa fué saludado con un alza el triunfo de nuestras tropas y se notaron muchos optimismos con motivo de la victoria alcanzada por el coronel señor Sandoval.

En los pasillos y en el salón de conferencias del Congreso abundaron también los optimismos, llegando algunos á suponer que la muerte de Martí había de ser para los insurrectos cubanos lo que la muerte del ilustre patricio señor Ruiz Zorrilla, habría de ser para los revolucionarios españoles.

No faltó quien, impulsado por las corrientes optimistas producidas por la noticia de la muerte del jefe civil de los separatistas cubanos, supuso que la guerra terminaría en un plazo brevísimo; pero estos augurios, hijos de la fantasía y el buen deseo, fueron combatidos por las gentes de más reflexivo juicio, que á la lisonjera impresionabilidad de aquéllos objetaban, que una campaña como la separatista no podía acabar tan brevemente como terminan las guerras en campo abierto entre ejércitos regulares.

La opinión de políticos conservadores de la Gran Antilla fué que se llevaba mucho adelantado para llegar á la pacificación de la isla, pero que aún quedaba mucho que hacer.

Sin embargo, nadie dejó de reconocer la importancia y trascendencia del triunfo obtenido por nuestros valientes soldados, y el duro golpe sufrido por la insurrección con la muerte de su jefe civil y herida de su *generalísimo*.

\*  
\* \*

El coronel señor Ximenez de Sandoval fué recompensado por el Gobierno, en justo premio á su arrojo y pericia en la memorable acción de Dos Ríos, con la Cruz de María Cristina.

En dicho combate fué muerto también el americano Georges R. Boyuton, que había ido á proponer á Martí un lanza bombas de dinamita, de su invención. Celebraba la primera entrevista en el momento de la sorpresa, en la que quedaron ambos muertos.

Innegable es, sin que pueda dar lugar á la menor duda, que la muerte del titulado presidente de la República cubana y jefe civil del separatismo desconcertó los planes de los filibusteros y desalentó algún tanto á los insurrectos.

Los jefes quedaron, de momento, desorientados y divididos, encontrándose faltos de municiones de boca y guerra, y surgiendo entre ellos muchos piques y antagonismos.

La herida de Máximo Gómez dió ocasión á conocer las aspiraciones de Maceo á la supremacía en el ejército *libertador* cubano, de lo cual era una ostensible prueba el traje que vestía, copiado del que según fotografías usaba el presidente revolucionario Bolívar.

Massó y Miró no se conformaban con ello y aspiraban también, á su vez, á sustituir al jefe civil, uno, y al *generalísimo* el otro, aunque sin



DON ANTONIO OLIVA  
práctico de la columna del cor. Sandoval

condiciones para ello ninguno de los dos citados cabecillas.

Destruído el plan de Gómez y Martí de invadir el Camagüey, y no habiendo en aquel entonces en esta provincia más que tres ó cuatro partidas sin importancia, á las que combatian con interés muy visible los elementos del país, la insurrección quedó reducida á muchos hombres quizás, pero en su mayoría sin armas, acosados por todas partes, acorralados en muy poco y abrupto terreno, y faltos de toda clase de recursos.

Lo único que en aquella fecha tenía importancia real y manifiesta, era el laborantismo que dentro y fuera de Cuba hacía la causa separatista.

\* \* \*

Por la riqueza de pormenores, y por la exactitud de los incidentes, es interesantísima y completa la relación que del prenarrado combate de Dos Rios contiene la correspondencia que á continuación insertamos, y que concuerda, con muy ligeras variantes, con nuestra precedente narración.

A la amabilidad de uno de los oficiales, cuyo nombre nos está vedado publicar, que formaban parte de la columna del coronel señor Sandoval y asistieron al citado combate, debemos tan curioso trabajo, que publicamos íntegro, seguros de que lo leerán con gusto nuestros lectores.

Sr. D.....

Barcelona

Muy señor mio y amigo. Accediendo á sus deseos, tengo el gusto de remitirle la descripción que me pide del combate que en la mañana

del día 19 del actual, sostuvimos en la sabana de «Dos Rios», con las partidas insurrectas del titulado *generalísimo* Máximo Gómez y otros cabecillas.

El día 17 de este mes salimos de Palma Soriano la media brigada que manda el coronel Ximenez de Sandoval, conduciendo un convoy de víveres á Ramón Yaguas.

Constituían el núcleo de nuestras fuerzas, el segundo batallón peninsular, una compañía respectivamente del quinto y noveno batallones peninsulares, y 28 jinetes del primer escuadrón de caballería de Hernán Cortés, al mando del capitán don Oswaldo Capaz, natural de Santiago de Cuba.

Servia de práctico á la columna, el cubano blanco, Antonio Oliva, paisano.

En Ramón Yaguas hicimos alto, sin haber ocurrido novedad en el camino.

Al siguiente día salimos en dirección á Ventas, marchando á vanguardia la caballería de Hernán Cortés.

Al pasar la subida de «Arroyo Yebes», y al entrar en terrenos de «La Lengua del Sao», la vanguardia encontró el camino interceptado. El enemigo lo había cruzado de parte á parte con doce alambres, distantes cincuenta metros uno de otro, perfectamente tersos y á media vara de altura.

El capitán Capaz dispuso fuesen cortados, y el tránsito quedó libre.

Ese sistema de interceptar los caminos es práctica de los insurrectos, usada ya en la pasada guerra del 68, y la emplean para demorar la marcha de las tropas.

Al amanecer del día 19, salimos de Ventas para Dos Rios con la misma vanguardia.

Atravesó ésta el Rio Contraamaestre, y al entrar en los montes del «Salado», divisó la extrema vanguardia á un hombre que montaba un

magnífico caballo y que al ver la fuerza huyó, haciéndose con esto sospechoso. Salieron en su persecución cuatro números, que después de una regular carrera y de intimidarle con algunos disparos, lograron darle alcance.

El fugitivo era un *guajiro* que dijo llamarse Carlos Chacón y al registrársele le fueron ocupadas varias cartas de Máximo Gómez, José Martí, Paquito Borrero y Juan Massó, y varias monedas de oro y plata, que, según se desprendía, del contenido de unas esquelas, era para hacer varias compras.

El prisionero, que fué conducido á presencia del jefe señor coronel Sandoval, declaró bajo juramento que en la zona de las Ventas había visto la fracción montada de Massó, la escolta de Máximo Gómez, mandada por uno que le llaman Bellito, las fuerzas de Paquito Borrero, y á José Martí, indicando también el lugar donde estaban reunidas todas esas fuerzas.

Entonces emprendimos nuevamente la marcha, y el penetrar en terrenos llamados Travesía, descubrimos un rastro de caballos. A setecientos hombres montados había hecho ascender el prisionero las fuerzas insurrectas que había visto.

Estábamos, pues, sobre una pista cierta, y era seguro ya que de un momento á otro tendríamos que habernoslas con un enemigo tan numeroso como la media brigada y mandada por el más militar de los jefes insurrectos el *generalísimo* Gómez.

Como á las once y media de la mañana, del propio día 19, al entrar nuestra vanguardia en la Bija, el cabo de punta de la extrema citada vanguardia, divisó fuerzas enemigas.

El jaltol dado por nuestros soldados, fué contestado por varias descargas hechas por cuatro jinetes insurrectos armados de rifles relámpago.

Nuestra caballería cargó, y los cuatro exploradores huyeron hasta

incorporarse á otro grupo de *treinta y cinco á cuarenta* que gritaban: ¡Bellito, al machete! ¡Viva Cuba libre!

Después de dos descargas de Maüssers, hechas por los de Hernán Cortés, que contuvieron las bravatas del enemigo, gritó á su vez el capitán Capaz á su gente ¡soldados, al machete! ¡Viva España! ¡Viva Cuba española!

El enemigo esperó la carga: pero al tener cerca la fuerza, volvió



FORTIN Y BARRACONES INCENDIADOS POR LOS INSURRECTOS

grupos y huyó practicando con esta huida una táctica que ellos usan para atraer las tropas á determinado lugar, donde tienen preparada una emboscada.

Persiguióles nuestra caballería legua y media, hasta llegar á la sabana de «Dos Ríos», donde estaba el cuartel general insurrecto, retrocediendo luego á reunirse con el grueso de la columna, y dando el capitán Capaz parte al coronel Sandoval de donde se encontraba el enemigo.

En los momentos en que nuestra vanguardia se unía al cuerpo de la columna acampada en el intermedio de la Bja y Dos Ríos, y transcurridos tres minutos de dar el capitán Capaz parte al jefe de lo ocurrido, se presentó el enemigo en correcta formación y á toque de clarín, enarbolando la bandera insurrecta.

El abanderado avanzó y clavó en tierra su bandera de rayas azules y blancas con rojo triángulo de plateada estrella al centro.

La segunda compañía del segundo batallón peninsular, que formaba la avanzada de nuestra columna, y que iba á poner muy alto el pendón rojo y amarillo, rompió el fuego bravamente contra la caballería enemiga, contestando ésta con igual denuedo.

Entre las fuerzas insurrectas se destacaban dos hombres vestidos de negro.

Uno de ellos llevaba un sombrero chico de castor y montaba un fogoso y hermoso caballo blanco. Ambos, revólver en mano, arengaban á los suyos, lanzándolos á la pelea.

El combate se desarrollaba furiosamente.

Un corneta de los nuestros, acosado por un grupo de insurrectos, gritó:

—¡Práctico, que me matan!

El práctico, —Antonio Oliva, acudió en su auxilio, y cuando se disponía á disparar sobre el insurrecto más próximo al acosado corneta, el jinete del caballo blanco á que he aludido, apuntó contra él.

Oliva se volvió rápidamente, y abandonando su blanco primitivo, disparó contra dicho jinete, hiriéndole en el pecho.

No cayó de este disparo aquel hombre y volvió el práctico á disparar sobre él, hiriéndole esta vez en el cuello.

Sucumbió, al fin, y se desplomó del caballo, dando su cuerpo en tierra y quedando inerte el que antes con tantos bríos arengaba á los suyos.

Los insurrectos al ver caer á aquel jefe, se avalanzaron intrépidos á recuperar el cadáver, pero la caballería de Hernán Cortes y toda la fuerza, á toque de corneta, resistió bizarramente los QUINCE ATAQUES del enemigo é impidió que se lo llevaran.

Aquel cadáver era el de José Martí; del que se titulaba Presidente de la República cubana.

En el último de los ataques marchaba á la cabeza de los resueltos insurrectos, el otro jinete vestido de negro, de que antes hablé.

Era un hombre anciano, blanco y con bigote cano. En una descarga se le vió caer del caballo, saltando su cuerpo tres veces en el suelo.

Nuestros soldados quisieron apoderarse de él, pero fué tan furiosa y tenaz la defensa que de él hicieron, que no pudieron lograrlo, llevándose los insurgentes.

Ese hombre era Máximo Gómez.

Después de una hora de combate feroz, unas veces cuerpo á cuerpo y otras á distancia de veinte metros, el fuego del enemigo fué apagándose hasta que, al fin, se declaró en dispersión y huyó, quedando dueños del campo nuestros valientes soldados y terminando el combate más reñido y famoso de esta guerra.

Queda V. complacido, amigo mío, mande á su ffmo. s. s.—X\*...  
Habana 30 de Mayo de 1895.»

\* \* \*

Otras varias versiones se publicaron acerca del trascendental combate de Dos Rios, que por lo novelescas é inverosímiles no debemos hacernos eco de ellas en nuestra Reseña, toda vez que no tuvieron ni han tenido aun confirmación particular ni oficial.

La índole de nuestra obra y la imparcialidad en que debe inspi-

rarse todo historiador, nos veda recoger y consignar rumores y cuentos referidos al oído, sin más visos de verdad que el poderoso vuelo de la fantasía meridional de sus narradores, quienes desconociendo por completo los fundamentos de una medida tomada por el general en jefe del ejército de operaciones con un subordinado suyo de elevada categoría, que causó gran sorpresa en la Península, se echaron á buscar su génesis en una supuesta intriga política y atribuyeron el hecho un origen fantástico ó por lo menos falto de verosimilitud.

El regreso imprevisto é inopinado á la Península de cierto general con mando de un cuerpo de ejército en la isla, causó gran extrañeza y

dió lugar á muchos comentarios y conjeturas en adivinación de las causas que pudieron haberlo motivado.

Que algo pasó, en innegable; pero que lo que pasó no ha llegado á ser aun del dominio público, es también muy cierto.

Nosotros hemos tratado de inquirir la verdad de lo ocurrido; pero nada en concreto y que podamos afirmar y hacer público, hemos conseguido averiguar.



DON VICENTE ROJO (capitán de Estado Mayor)

No por esto renunciamos á lograrlo un día y, entonces, daremos de ello cuenta á nuestros lectores.

Interín, debemos atenernos y nos atenemos á las versiones suministradas por nuestros corresponsales en Cuba, á la oficial, y á la del testigo, que bien podemos calificar de mayor excepción, que dejamos transcrita.

\*  
\* \*  
\*

Un deber de patriotismo y de justicia nos obliga á no cerrar este capítulo sin enviar un afectuoso saludo y nuestros más sinceros y entusiastas plácemes, á los bravos militares y valientes soldados, que con su heróico comportamiento en la memorable jornada del 19 de Mayo de 1895, tan alto supieron poner el honor de la bandera española, conquistando un tan señalado triunfo sobre las huestes de Máximo Gómez y sus secuaces.

Plausible comportamiento digno de señalarse y ser consignado en las páginas de la historia patria para perpétuo recuerdo y emulación de cuantos pelean por la honra de España y la integridad del territorio, en los campos de Cuba, y provechosa enseñanza de nuestros eternos é ingratos enemigos.

¡¡Gloria á los héroes de Dos Ríos!!

